

NOTAS

Presentamos a los lectores de PROYECCION un documento elaborado por los grupos de jesuitas que trabajan en la misión obrera. Pensamos que aunque se trata de un documento que responde a una problemática muy concreta, la de los miembros de la Compañía de Jesús, puede ser interesante para todos nuestros lectores por la índole y significado de los problemas que se abordan. La redacción de la revista estima interesante el facilitar la reflexión y diálogo comunitario entre los diversos grupos y tendencias de cristianos en torno a estas cuestiones actuales, y por eso lo ofrecemos a la opinión pública.

*Publicamos el documento tal y como nos ha sido enviado por sus autores y tan sólo le añadimos algunas notas, siempre indicando que son notas de la redacción, con objeto de clarificar su contenido y alusiones. También queremos hacer mención de un artículo de J. I. GONZALEZ FAUS, "SOBRE LA MILITANCIA DE SACERDOTES Y RELIGIOSOS EN PARTIDOS OBREROS": *Sal Terrae* 65 (1977) 822-32, que inició el diálogo sobre este tema. El testimonio de estos grupos de jesuitas quiere ser una contribución a este diálogo público.*

reflexión sobre la militancia de jesuitas en partidos obreros

Los jesuitas, que desde hace años optamos por incardinarnos en las condiciones de vida obrera: jornada de trabajo, vivienda, estructura salarial, y fuimos «enviados» a barrios obreros, sentimos hoy la necesidad de proyectar nuestra reflexión hacia uno de los puntos que nos han preocupado y que más preocupan a nuestros superiores, como aparece en el documento de trabajo

«Misión del jesuita y compromisos temporales» que se hizo público a principios del 77¹.

Al centrar la atención sobre este aspecto lo hacemos, en primer lugar, por la nueva situación político-social española, ciertamente cambiada hoy, aunque idéntica en los mecanismos claves del poder económico y otra serie de aspectos dependientes del viejo sistema; y también por el mismo proceso personal y colectivo que hemos ido siguiendo como Misión Obrera a través de los años.

Queremos dejar bien claro, desde un principio, que el resultado de nuestro discernimiento no lo ponemos «frente a» sino «en común con» todo el cuerpo de la Compañía, según el espíritu ignaciano, y con la única preocupación de buscar una mayor fidelidad a nuestra misión específica, a la vez que poder ofrecer a los que no entienden nuestra postura y a todos aquellos que desde otros ambientes siguen parecidos caminos el resumen de nuestra reflexión, amasada por dificultades innumerables y una gran dosis de ilusión y esperanza, para que nos sirva a todos de materia importante para la puesta en común y el avance futuro del compromiso de servicio en la Fe y promoción de la Justicia que la Congregación General XXXII declaró en su día².

1.—COMPRESION DE NUESTRA MISION

La experiencia de estos años ha reforzado en nosotros el sentido profundo del «envío» o «misión» al que la Compañía nos ha destinado. Y esto no por el carácter de aventura estimulante que pudiera tener, sino como respuesta profética y del mayor servicio a la causa de Jesús, que se desprende del carisma ignaciano de ir a aquellos lugares donde la presencia del Evangelio fuera más urgente. Una respuesta dada en la más pura tradición espiritual de nuestra orden, es decir, en el convencimiento de que la **encarnación** en una realidad concreta es tan importante como la proclamación de la palabra, sin la cual, ésta, es pura palabrería.

Las características de este mundo por el que optamos y al que fuimos enviados y del que hoy nos consideramos parte integrante, quedan hoy para

1.— El documento «Misión del jesuita y compromisos temporales» fue enviado por el P. Provincial de España a todos los jesuitas como documento de trabajo. Se pretendía iniciar un proceso de discusión y reflexión tanto comunitario como individual entre los jesuitas españoles en torno a esta problemática. (N. de la R.)

2.— «Dicho brevemente: la misión de la Compañía de Jesús hoy es el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios». Cfr. **Congregación General XXXII**, decreto 4: Nuestra Misión hoy: Servicio de la fe y promoción de la justicia, n. 2. (N. de la R.)

todos suficientemente delimitadas. No es el «mundo de los pobres» en general —concepto ideado para limar las asperezas y contradicciones objetivas, desdibujando su contenido—. Por el contrario consideramos que es un mundo **socio-lógicamente** integrado por las masas explotadas y pueblos oprimidos, el mundo de los asalariados, de los que tienen que vender su fuerza de trabajo, única propiedad privada, el mundo de los que no tienen poder cultural, económico y político, en una palabra: la clase obrera. Desde un punto de vista ideológico, la conciencia de esta clase obrera consideramos que es la de un mundo alejado en su mayoría de la imagen pública de Iglesia —en gran parte por culpa de ésta—, con su propia filosofía atea y con un claro proyecto audaz y espezanzado de otra sociedad justa y libre: la sociedad socialista.

Es en este mundo real así descubierto, donde se nos ha concretado la imagen evangélica de aquel mundo al que se dirigió el mensaje de Jesús, el más capaz también de llevarlo a la práctica en sus dimensiones socio-políticas y, en definitiva, el mundo más apto para vivir la dimensión gratuita del Reino.

Nuestra misión se ha enriquecido con una larga historia —donde muchos compañeros han dejado lo mejor de sus vidas— que la ha ido definiendo cada vez con mayor claridad. Partimos de la necesidad de solidarizarnos con esta clase compartiendo su estilo de vida: el trabajo asalariado, la pobreza real en un tipo de vida sencillo y al día, la propia experiencia de la explotación, de la inseguridad, de la represión y el compromiso creciente con sus ideales y aspiraciones de justicia.

Es esta solidaridad total la que nos ha hecho ver que los trabajadores formaban parte de una clase con una historia propia, —el movimiento obrero—, y que éste avanzaba a través de una continua lucha contra la injusticia, por medio de organizaciones propias sindicales o políticas y con un proyecto propio —la sociedad socialista— interpretado de diversas maneras, para las cuales el análisis marxista ha sido un instrumento decisivo.

En consecuencia, nuestra misión abarca hoy, en su identificación con la clase obrera y en nuestra voluntad de plantar el testimonio de la Palabra hecha carne, este complejo conjunto de trabajo manual, compromiso solidario en la lucha por conseguir las aspiraciones de justicia y la posibilidad de realizarlas en la militancia activa, en la mediación válida hoy por hoy de las organizaciones políticas de la clase obrera.

La militancia política no la entendemos, pues, como otra nueva y apasionante aventura —cubiertas ya las etapas de acercamiento e identificación—, sino como un paso de madurez en el proceso iniciado de una respuesta misionera

al reto del mundo obrero. Paso que, desde muy diversas experiencias personales, hemos ido dando con temor y temblor, compartiendo además, como todos, momentos de angustia y de miedo ante la dura represión vivida estos últimos años. Paso que nadie ha impuesto a los demás compañeros, pues aunque consideramos en conjunto que el compromiso forma parte de nuestra misión, ello no significa que, en esta lucha, debamos participar todos por igual en su dimensión organizada.

2.—LA INCOMPRESION DE NUESTRA ACTUACION POLITICA

Nos parece que, con lo dicho hasta aquí, quedaría plenamente justificada nuestra acción en los tres primeros niveles de servicio a la justicia y formas de promoción —según el documento citado en el primer párrafo— que son: nivel general, en virtud de nuestra misión; nivel general, particularizado a título personal; y nivel particular, propio de la especialización. El punto conflictivo sería, pues, el cuarto nivel llamado excepcional. A ello queremos responder no como defensa de una postura a la que no estamos dispuestos a renunciar, sino como un dar cuenta de nuestra conciencia en el cumplimiento de la misión confiada. Lo excepcional, desde nuestra experiencia, se nos ha hecho cotidiano y casi diríamos normal³.

En primer lugar, la palabra «excepcional» creemos que connota una incompreensión o un falso entendimiento de lo que es «política» para la clase obrera. El marco formal democrático puede hacer creer que la política se ha convertido en un juego de autoridades y representantes que solucionarán los problemas de los trabajadores. En consecuencia deberíamos dejar esta tarea a los técnicos. Aparte de que si fuera una tarea tan aséptica tampoco importaría que participáramos en ella. El movimiento obrero entiende y practica la política de un modo muy diferente. La política no es un juego de profesionales, sino una participación colectiva de toda la clase obrera en la que se combinan elementos de lucha popular en la calle, acciones de solidaridad en las fábricas y actuaciones públicas de sus representantes. Con el advenimiento de la nueva

3.—En este párrafo se alude a las directrices dadas por el citado documento, en el que se reconocen 4 «niveles» distintos de compromiso entre los jesuitas. 1) **Nivel general**: la promoción de la justicia es parte integrante del servicio presbiteral de todo miembro de la Compañía. 2) **Nivel general particularizado a título personal**: Supone una mayor concreción y opción personal que lleva a comprometerse especialmente en este servicio a la justicia. 3) **Nivel particular de especialización**: Se refiere a los jesuitas que por su especialización teológica o sociológica tienen una mayor responsabilidad profesional en este campo. 4) **Nivel particular excepcional**: Se refiere a los casos excepcionales de compromiso, entre los que se incluyen el liderazgo político y la militancia política activa en un partido concreto. Según el citado documento este nivel excepcional incluye actualmente la «simple afiliación a partidos políticos» y la militancia en movimientos como el de «Cristianos por el socialismo». (N. de la R.)

situación no han cambiado las cosas para los trabajadores de manera que la política quedara delegada en unos pocos. Para los trabajadores sigue siendo cosa de todos, actuación colectiva, cotidiana y esforzada, no el lujo de unos pocos profesionales o el voto de todos de vez en cuando. Inhibirse hoy en la actuación política equivale a negar su pertenencia a la clase obrera. Sería, por consiguiente, renunciar como Misión Obrera a todo su pasado de paciente incardinación en un mundo al que se quiere hacer presente la experiencia evangélica. Nos parece que cuando se nos pide la renuncia a la actuación política es porque se sitúan las cosas en otro nivel distinto del de nuestra realidad.

La otra fuente de incompreensión viene, a nuestro parecer, de la forma en que se concibe la **relación entre evangelización y política**:

a) La política, se nos dice, **instrumentaliza** el Mensaje. Y se añade que esta es la denuncia que desde la fe comprometida se ha hecho al criticar, por ejemplo, a los obispos en las Cortes.

Nosotros criticamos una política de apoyo, del poder incontrolado de la injusticia; una política que ha pretendido además ser la única expresión válida de la dimensión intramundana de la fe o de su mediación social, y ha actuado así casi con mandato divino (piénsese en los consiliarios nacionales de la CNS y otras instituciones de la dictadura franquista, todos con nombramiento jerárquico). Nosotros no pedimos ni pretendemos ninguna aprobación o referendo jerárquico a nuestra postura. Partimos tan solo de una fidelidad a una realidad histórica, sin absolutizarla, pero sin rehuir tampoco sus consecuencias. Y entendemos que, en una sociedad pluralista, la única forma de que no se instrumentalice más el mensaje cristiano a favor de una política es que se pueda participar pluralmente en ella.

b) La política, se nos dice también, **interfiere** la comunicación del mensaje porque crea divisiones en la comunidad cristiana a la que nosotros nos debemos y servimos como signo de unión.

Sin entrar en la clarificación que podría hacerse sobre la concepción del sacerdote y de la comunidad, nos preguntamos: ¿signo de unión en la fe o unión bajo el poder dominante? Porque la unidad evangélica no niega ni oculta las diferencias reales; muy al contrario, las descubre hasta la raíz como fruto del pecado para superarlas en una verdadera fraternidad de amor, fruto de la conversión. Así fue la unidad contradictoria que predicaba Jesús, el Príncipe de la paz que vino a traer la espada y el fuego, a establecer la división entre los de una misma casa. No así la unidad que pretende imponer el poderoso, reprimiendo las diferencias o enmascarándolas bajo capa de una falsa paz, uti-

lizando si conviene a los ministros de la Iglesia para bendecirla desde los púlpitos o los palacios episcopales. Nuestra militancia en partidos obreros no crea en la comunidad de fe más divisiones de las que ya existen en el seno de una sociedad de clases. Simplemente asumimos esta triste realidad para alcanzar, a través de nuestro ministerio, la unidad verdadera de la fe y, a través de nuestra militancia, la unidad de una sociedad sin clases. Pretendemos ser ministros de la unidad de Cristo que no contradice la pluralidad de opciones políticas sino la uniformidad que conviene a los poderes establecidos.

c) La política, añaden, **corrompe** el mensaje porque es poder.

La realidad, desde nuestra perspectiva, es muy otra. Los partidos obreros no tienen ni de lejos el poder de los fuertes, antes al contrario, luchan por terminar con él. Evidentemente necesitan una fuerza, un poder: su unidad, su solidaridad, su organización de la que nosotros no podemos abstraernos. Y estamos de nuevo ante dos concepciones opuestas de «poder»: si para los poderosos el poder es su razón de existir, para los oprimidos el poder no es un instrumento de endiosamiento personal o colectivo, sino un servicio a la colectividad. Que, en la práctica, y tratándose de plataformas concretas de lucha, como son los partidos, exista el riesgo de entender y practicar el «poder» al estilo de los poderosos es un peligro que aceptamos y trataremos de evitar desde dentro. Pero, en principio, y no por un idealismo ingenuo, creemos que cuando el poder se vive y se practica como solidaridad y unidad, al menos como valores límite, no corrompe a nadie, antes bien, se sientan unas nuevas bases que impidan practicar un falso concepto de «poder». El gesto de Jesús en la última cena ilumina en esta línea su sentido del poder: «¿Comprenderéis lo que ha hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y decís bien porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros» (Jn. 13, 13-14).

d) La política, concluyen, **no es propia del carisma de los religiosos.**

De la política practicada por el poder dominante, queremos estar lejos todos los que pertenecemos a la clase obrera. De una presencia en participación comprometida, de una «política-servicio» que incluye, como decíamos antes, la solidaridad y la organización para transformar esta sociedad clasista e injusta, juntamente con la conciencia de los riesgos de reproducir estructuras de opresión, no podemos inhibirnos los creyentes —seglares o religiosos— que vivimos ahí. Y esto por dos motivos:

El primero es por el mismo reto que para la fe implica la aceptación en profundidad de una mentalidad y de una lucha obrera marcada por el ateísmo.

Ateísmo que, como nos enseña nuestra experiencia, no es la negación de muchos de los valores que hemos redescubierto en la fe desde la praxis obrera, sino la negación de una fe vaciada de tantos valores que la clase obrera vive y defiende —como aparece en la imagen que da a menudo la Iglesia oficial— y que son muy cercanos al Evangelio. Somos conscientes, sin embargo, de que las cosas no son tan fáciles. Precisamente por esto, cuando todo nuestro intento ha sido el despertar la conciencia de nuestras comunidades para asumir el reto del mundo obrero y su compromiso allí donde se juega el futuro de la fe, ¿es justo que abandonemos a los seglares en su militancia política o más bien hemos de hacer como el buen pastor que está dispuesto a dar la vida por sus ovejas?

El segundo motivo refuerza lo dicho hasta aquí. El carisma de las órdenes religiosas —y en concreto el de la Compañía de Jesús— ha sido de vanguardia, de respuesta a las nuevas situaciones históricas. No en vano, el mismo Papa Pablo VI ha confiado hoy a los jesuitas el frente de lucha contra el ateísmo. Habría que analizar cómo hoy el reto del ateísmo no es una cuestión exclusivamente intelectual o de magisterio, sino que en su mayor parte se juega en la praxis, incluyendo también el que con nuestra presencia misionera total, los partidos obreros se desprendan de este presupuesto: que la fe en Dios es incompatible con la fe en la humanidad. Sería, por tanto, el carisma típico de la misión obrera, con todas sus consecuencias, aunque esto desestabilizara el conjunto de la Iglesia.

3.—PARA UN MEJOR DISCERNIMIENTO

Desearíamos, finalmente, que tanto la apreciación de nuestra misión como el diálogo sobre posibles incomprensiones de la misma, nos llevara a todos a una fecunda discreción de espíritus sobre nuestra actuación y la de toda la Compañía. Pero no podemos pasar por alto que, independientemente de la buena voluntad de las personas, hay algo que bloquea el avance:

Por una parte, que la Iglesia y la Compañía parece que quieren ahora establecer unos límites en nuestra tarea misionera —y por consiguiente impedirnos la actuación en partidos obreros— atacándolos de ateos. Nos parece descubrir en esta aparente actitud de ortodoxia un miedo inconfesable a que llevemos adelante una ortopraxis con la lucha del mundo obrero, ya que la presencia de cristianos —religiosos y laicos— en partidos marxistas y ateos, sin renunciar a su fe, hará perder a la Iglesia el flanco de ataque de «ateísmo» que hace contra estos partidos, quedando así al descubierto las verdaderas razones de su miedo: el miedo de que estos partidos, no por ser ateos, sino porque son revolucionarios, es decir, por atacar las bases de una sociedad

clasista y explotadora, le quitan sus privilegios. Entonces la Iglesia no podría encubrir más con motivos «espirituales» la defensa de sus propios intereses.

Por otra parte, la Iglesia y la Compañía no valoran, creemos, el que nuestra modesta militancia política ha ayudado a liberar a los partidos obreros de su intolerancia contra los creyentes y de su ateísmo militante. Ello repercute favorablemente en la lucha del pueblo a la que se pueden incorporar creyentes y no creyentes juntos y en la evangelización del mundo obrero que se puede plantear sin tantos prejuicios, situando la fe no en un plano de incompatibilidad con la cultura y la conciencia de clase, sino en su verdadero plano de respuesta libre a una llamada por la liberación integral del individuo en una nueva comunidad. En este sentido la práctica que llevamos principalmente en comunidades cristianas de tipo popular, representa una realidad pastoral que no está tampoco suficientemente valorada.

CONCLUSION

Con la convicción a donde nos lleva todo cuanto hemos expuesto hasta aquí, fruto de una larga experiencia trezada de fidelidad a Dios y a nuestro pueblo, no exenta sin duda de errores e infidelidades personales, queremos concluir nuestra reflexión diciendo que:

- Nos sentimos plenamente misión de la Compañía dentro de la clase obrera.
- Nos identificamos con su lucha que hoy va unida también con una militancia política libremente asumida por muchos de nosotros.
- Nos mantenemos abiertos al diálogo fraternal dentro de la Compañía, toda ella obediente al juicio que la Palabra, en cada momento histórico, hace de nuestras acciones, encaminadas al advenimiento del Reino del Padre en la humanidad.

Los equipos de jesuitas que formamos
la Misión Obrera en el Estado Español.

Enero de 1978.